

LIBROS

60

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2020

José Ramón Cossío

BIOGRAFÍA JUDICIAL DEL 68. EL USO
POLÍTICO DEL DERECHO CONTRA EL
MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Simon Critchley

LA TRAGEDIA, LOS GRIEGOS
Y NOSOTROS

Édouard Levé

DIARIO

Christopher Domínguez Michael

ATEOS, SNOBS Y OTRAS RUINAS

Leonardo da Jandra

EL HOMBRE SOBERBIO

LIBRO DEL MES

Carmen Boulosa

EL LIBRO DE EVA

ENSAYO

El 68 ante la ley



José Ramón Cossío
BIOGRAFÍA JUDICIAL
DEL 68. EL USO
POLÍTICO DEL DERECHO
CONTRA EL
MOVIMIENTO
ESTUDIANTIL
Ciudad de México,
Debate, 2020, 464 pp.

RAFAEL ROJAS

En los últimos años se han publicado libros que remueven interpretaciones tradicionales sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968 y su represión por parte del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Algunos autores, como Héctor Jiménez Guzmán, han cuestionado directamente esas rutas interpretativas. Otros, como Jacinto Rodríguez Munguía, han preferido centrarse en la disputa sobre el 68 en el campo intelectual, desde los textos confrontados de Emilio Uranga y Octavio Paz, Mario Moya Palencia y Carlos Fuentes. Otros más, como Ariel Rodríguez Kuri, han reconstruido el 68 desde la historia social de la ciudad y el peso

ceremonial y político de los Juegos Olímpicos.

El libro más reciente del jurista y exministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación José Ramón Cossío propone otra mirada al mismo fenómeno, desde la perspectiva del proceso judicial abierto contra 68 implicados en diversas manifestaciones públicas, entre julio y octubre de aquel año. Cossío reproduce la información básica de las cuatro averiguaciones previas, las declaraciones y los careos, los juicios y, finalmente, las sentencias dictadas en noviembre de 1970 por el juez primero de distrito Eduardo Ferrer Mac-Gregor. A pesar del cúmulo de información jurídica que se transcribe, el libro contiene una reflexión valiosa y accesible sobre la práctica del derecho bajo un régimen autoritario.

En las averiguaciones previas se observan las diversas formas en que los procesados ofrecían declaración. Algunos eran prolijos y se detenían en nombres, organizaciones y motivos. Otros eran parcos o elusivos, sin mayor reparo a ser asumidos como cómplices o culpables. Otros más se proyectaban, abiertamente, como opositores políticos y no ocultaban su identificación con el comunismo y su militancia en organizaciones socialistas o, específicamente, trotskistas y maoístas. Caso emblemático de estos últimos fue el escritor José Revueltas, quien, desde su primera declaración ministerial, el 18 de noviembre de 1968, dijo que era comunista desde los catorce años, que estaba en desacuerdo con el sistema político mexicano y trabajaba por su “transformación socialista”, y que apoyó el movimiento universitario con el fin de crear un “solo frente de lucha obrero-campesina-estudiantil”. También sostuvo Revueltas que, en principio, no “creía en la lucha armada para derrocar al Gobierno”,

que su “arma era su mente”, pero que, “en caso de que se cerraran todas las opciones democráticas”, la violencia revolucionaria estaba justificada.

La diversidad y desconexión dentro de la izquierda mexicana de los años sesenta era perceptible en aquellas declaraciones. Entre los procesados de mayor edad había políticos e intelectuales involucrados en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) cardenista, como Manuel Marcué Pardiñas, Eli de Gortari y Jorge L. Tamayo, que viajaban con frecuencia a Cuba —Marcué reconoció tener una cuenta bancaria en La Habana, desde donde recibía financiamiento del gobierno de la isla para editar la revista *Política*—, que afirmaban, sin embargo, no ser miembros del Partido Comunista Mexicano (PCM). Entre los más jóvenes, en cambio, eran frecuentes los casos de militantes comunistas que insistían en no pertenecer a grupos más radicales, de orientación trotskista o maoísta, partidarios de la guerrilla.

A pesar de tantas evidencias en contra, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz decidió presentar y juzgar al movimiento estudiantil como punta de lanza del comunismo internacional en México. Los estudiantes, según el cuarto informe presidencial de septiembre de 1968, formaban parte de una trama de voluntades internas y externas decididas a “quebrantar irremisiblemente el orden jurídico”. Todo el proceso, como muestra Cossío, se puso en función de esa hipótesis, que únicamente podía exhibir como prueba la asistencia de una delegación mexicana —integrada por Heberto Castillo y Armando Castillejos por el MLN, Hugo Ponce de León y Leonel Posadas por el PCM, y Rafael Estrada Villa y Adalberto Pliego por la Organización Nacional de Acción Revolucionaria (ONAR)— a la conferencia de la Organización

Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), en La Habana, en agosto de 1967, donde se acordó respaldar a las nuevas guerrillas marxistas.

La subordinación del movimiento estudiantil al proyecto de OLAS ni siquiera intentó probarse. Las demandas concretas de los jóvenes —libertad de presos políticos, eliminación del delito de “disolución social” del Código Penal, desaparición del Cuerpo de Granaderos, destitución de los jefes de policías Raúl Mendiola y Luis Cueto, indemnización a familiares de muertos y heridos, deslinde de funcionarios frente a la represión— no respondían al esquema de la lucha armada. Los delitos que se imputaron a los acusados —daño a la propiedad, ataques a vías de comunicación, sedición, incitación a la revuelta, asociación delictuosa, despojo, robo...— apuntaban a una criminalización de la oposición política pero no a la exposición de un proyecto insurreccional.

Para complicar más la hipótesis, en 1968 el gobierno cubano dio un giro en su estrategia ideológica en América Latina, tomando alguna distancia del modelo guerrillero, rechazando el mayo francés y respaldando a la URSS en la invasión de Checoslovaquia. Sergio Aguayo y otros autores han sugerido que para octubre de 1968 la posición oficial cubana era más favorable al gobierno de Gustavo Díaz Ordaz que al movimiento estudiantil. A pesar de ello, la “malla conspirativa” del régimen mexicano, como le dice Cossío —“red imaginaria” le habría llamado Roger Bartra—, siguió su curso y “cubrió todo y a todos”.

Este libro intenta una de las explicaciones más convincentes de aquella lógica represiva. El proceso y encarcelamiento de los líderes del 68 no respondió al miedo a un golpe de Estado, ni a la creencia en una verdadera conspiración comunista que desataría una

insurrección nacional. El motivo fue más banal y, a la vez, contingente: “limpiar al país de agentes disruptivos ante el peligro de que actuaran contra los Juegos Olímpicos”. Esa motivación, sin embargo, no impedía que las fuerzas más reaccionarias del sistema aprovecharan la causa judicial para hacer avanzar la campaña anticomunista.

El anticomunismo era la *ultima ratio* en un expediente judicial que Cossío no duda en llamar “deficiente” y “desastroso”. Conclusión esta que refuerza la nueva corriente historiográfica que tiende a cuestionar el excepcionalismo del sistema político mexicano dentro de la Guerra Fría latinoamericana. La documentación de la causa judicial del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz contra el movimiento estudiantil del 68 acerca más al México de la hegemonía priista y el presidencialismo ilimitado a la experiencia del autoritarismo de las derechas anticomunistas en América Latina. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. En Taurus publicó *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* (2018).



ENSAYO

Primero como tragedia



Simon Critchley
LA TRAGEDIA. LOS GRIEGOS Y NOSOTROS
Traducción de Daniel López González
Madrid, Turner, 2020,
416 pp.

EDUARDO HUCHÍN SOSA

“¿Qué me ocurrirá a mí? ¿Qué puedo hacer?”, dice el coro de *Las Euménides*. Un grupo de mujeres, en *Los siete contra Tebas*, clama: “¿Qué ocurrirá con-

migo? ¿Qué debemos de hacer? ¿Qué podemos pensar?” Antes de matar a su madre en *Las coéforas*, Orestes duda: “¿Qué debo hacer, Píladés?” No menos confundidos lucen los protagonistas de *Edipo rey* o *Filoctetes*, en vista de que la experiencia más consistente en la tragedia clásica es la desorientación. Arrojadados a esa zona gris entre la libertad y la necesidad, los personajes trágicos despiertan compasión y temor porque no son del todo responsables ni del todo víctimas de la fatalidad. Si una imagen pudiera sintetizar su estado sería la de “confused Travolta” que mira hacia todos lados sin tener una maldita idea de qué está sucediendo.

No he mencionado este meme tan a la ligera. En *La tragedia, los griegos y nosotros*, el filósofo, profesor universitario y columnista del *New York Times* Simon Critchley (Hertfordshire, Inglaterra, 1960) salda su deuda con la tragedia ática a través de referentes pop, un ánimo iconoclasta y, sobre todo, un firme afán por contravenir cierta tradición filosófica que va de Platón a Badiou, pero en la que también se insertan figuras capitales, muchas de las cuales comienzan con H, como Hegel, Heidegger o Hölderlin. Las concepciones alrededor de “lo trágico” que desdeñan el carácter teatral o su relevancia política han alimentado, de acuerdo con el autor, un sinnúmero de malentendidos. Según Critchley, en su capacidad para “darle voz a todo lo contradictorio, lo opresor, lo precario y lo limitado que hay en nosotros”, la tragedia pone en tela de juicio la autoridad de la filosofía, empeñada en pensarnos como sujetos racionales, autónomos, congruentes en lo psíquico y lo político. “¿Qué ocurriría —se pregunta— si tomáramos en serio la forma de pensar que encontramos en la tragedia,

es decir, la experiencia de la parcialidad de la capacidad de obrar, de los límites de la autonomía, del profundo afecto traumático, del reconocimiento del conflicto agonístico, de la confusión en lo relativo a cuestiones de género, de la complejidad política y de la ambigüedad moral que la propia tragedia presenta?”

Vistos de cerca, los conflictos que recrean Esquilo, Sófocles y Eurípides no apuestan por el triunfo de la razón sino por hacer manifiestas las limitaciones del intelecto y la deliberación frente a la violencia, el dolor, el desorden y el pasado. En las obras de Esquilo, los asesinatos de Agamenón, Casandra o Clitemnestra pueden considerarse actos de justicia para quienes los cometen, pero en la misma medida obedecen a una violencia añeja, a una cadena de rencillas que los personajes no pueden eludir con facilidad. En ese retrato de la ciudad dividida, enferma de antagonismo, el espectador está obligado a escuchar las distintas versiones en discordia y atestiguar, a la vez, cómo el mejor argumento puede ignorarse por una decisión arbitraria. La moraleja, dice Critchley, es que necesitamos abandonar la fe en una razón monolítica, a favor de la ambigüedad moral que los autores trágicos ponen en escena.

Un panorama así de terrenal no podía sino despertar la suspicacia de algunas grandes mentes idealistas, en particular la de Platón, que no escatimó acusaciones al momento de excluir a los poetas —a los que llamó “tribu de imitadores”— de su Estado imaginario. Critchley dedica sus mejores páginas a explicar la tirria que el fundador de la Academia sentía por ellos en voz de un Sócrates temeroso de que el exceso de lamentaciones, el espectáculo de una justicia en constante

negociación y los efectos emocionales de la *mimesis* poética se tradujeran tarde o temprano en inestabilidad política. Para el Sócrates de *La república*, los sollozos eran un asunto personal, por no decir una cosa de mujeres y extranjeros, y los autores trágicos explotaban con éxito esa línea borrosa entre lo público y lo privado. La tragedia, por si fuera poco, pervertía la democracia y legitimaba su paso hacia la tiranía, un problema cuyo mejor antídoto era la guía filosófica y, desde luego, la expulsión de los poetas en calidad de apestados.

Hay una ruta doble que este libro acierta a describir: la de la invención de la filosofía en oposición a la tragedia y a su equivalente intelectual, la sofística, a las que Sócrates y Platón denostaron con similar ánimo policial. Por siglos, los sofistas han cargado con la mala fama de ser unos farsantes y unos mercaderes que vendían sapiencia al mejor postor, pero una revisión de su pensamiento, por desgracia fragmentario, revela sugerentes ideas que merecen una segunda consideración. A diferencia de Sócrates, su mejor oponente Gorgias confiaba en que la ilusión creada por la tragedia hacía “más sabios a los que se dejaban engañar por ella que a los que no”, una postura que compartiría cualquier entusiasta moderno de la ficción. El sofista también apreciaba la soberanía del discurso, en lo que el autor considera un lejano antecedente del giro lingüístico, y el poder de la persuasión para revertir cualquier argumento. Esta última técnica, afirma Critchley, brilla en todo su esplendor en algunas obras trágicas, por ejemplo, *Las troyanas*, en donde Casandra puede demostrar la gloria de la ciudad derrotada por encima de la victoriosa Atenas. “La tragedia es persuasión en acción y, más

importante todavía, persuasión como acción”, asegura Critchley.

Apoyado en helenistas como Nicole Loraux, antropólogos como Jean-Pierre Vernant, filósofos como Judith Butler o poetas de raigambre clásica como Anne Carson, el autor busca despertar el interés por la tragedia, al verla no como un vestigio de otro tiempo, sino como un género necesario para entender una época, como la nuestra, marcada también por la guerra. Nunca asume el tono del especialista, sino del interesado en la antigüedad griega que, con el paso de los años y el diálogo con sus alumnos, ha recogido fértiles ideas de toda clase de libros. Por momentos, parece criticar con relativa facilidad algunas interpretaciones canónicas —como la de Hegel— al tiempo que abraza sin muchos reparos otras más recientes —por ejemplo, la teoría *queer*—, no obstante, hay en su forma de abordar cada obra una pretensión de mayor calado que la mera novedad académica. El “nosotros” al que se refiere el título sugiere un componente humano común, más allá de las particularidades culturales, sobre el que el pasado griego todavía tiene mucho que decir. Cada generación debería estar dispuesta a enfrentarse a los clásicos, afirma con contundencia, al menos para percibir aspectos poco iluminados de su propio momento histórico. Y ese ejercicio no tendría por qué plegarse a la mirada tradicionalista, aquella que ve en las obras de hace veinticinco siglos una cantera de sabiduría imperecedera. Por el contrario, leer a Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes o Platón puede llegar a ser —como demuestra este libro— un convincente llamado a la subversión. —

EDUARDO HUCHÍN SOSA es músico y escritor. Es editor responsable de *Letras Libres* (México).



NARRATIVA

Periódicos sin nombres propios



Édouard Levé
DIARIO
Traducción de Matías Battistón
Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2020, 128 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

Los lectores que tiene Édouard Levé (París, 1965–2007) en español lo han sido ya póstumos, y además muchos de ellos habrán hecho el recorrido inverso al orden de publicación original de sus libros. Es decir, aquí se publicaron primero *Autorretrato* y *Suicidio* —primero en 451 Editores; desaparecida esta, la editorial argentina con distribución en España Eterna Cadencia los recuperó—, lo que Jesús Ferrero llamó “el díptico existencial”. El primero era eso, un autorretrato, un texto de un solo párrafo donde Levé se contaba a sí mismo desde todos los ángulos posibles. La muerte planeaba, hablaba de sus depresiones, y el palpito se confirmaba en *Suicidio*, retrato de un amigo de Levé que se disparó en la cabeza en su casa y exploración de las motivaciones que pudo tener aquel amigo para quitarse la vida. Hacia la mitad, sin embargo, Levé y el amigo se fundían y *Suicidio* se convertía en una anunciación y una despedida: Levé se ahorcó poco después de mandar el manuscrito a su editor.

Pero antes de eso, Levé había publicado otros dos títulos, había sido pintor y había sido fotógrafo. Esos dos libros anteriores están ahora disponibles en español, se trata de *Obras* (2018), un catálogo de piezas artísticas nunca realizadas pero que se

le habían ocurrido, y *Diario* (2020), ambos en Eterna Cadencia. En estas dos muestras se ve más claramente la filiación OuLipiana de Levé, “hijo de Perec, nieto del OuLipo y sus escrituras guiadas, lector de Jacques Roubaud, de Raymond Queneau y de su *Ejercicios de estilo*”, escribió Jean-Max Colard a propósito de este libro en *Les Inrockuptibles*.

Diario, dividido en capítulos que se corresponden a las secciones de los periódicos, de internacional a la programación televisiva, juega deliberadamente a la confusión: remite al diario íntimo. Lo que hay en *Diario* son noticias despojadas de datos concretos. Ningún nombre propio de persona, ciudad o país; ningún título de libro o película; ningún nombre de empresa ni de divisa, aquí son “unidades monetarias”. De esa manera, lo que sucede es que eso que se cuenta podría suceder en cualquier lugar, es una manera de diluirlo en realidad, porque se

63

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2020



banaliza, se vacía. Y permite desnudar también la construcción de las noticias: eliminado lo que les da concreción, queda una amalgama de frases en las que la estructura aflora de manera mucho más clara. *Diario* tiene que ver con un proyecto fotográfico de Levé, *Actualités*, donde realizaba puestas en escena de la cotidianidad política pero con modelos anónimos: ruedas de prensa, firmas de acuerdos.

Las noticias de economía quedan un poco deslucidas sin nombres propios: “Dos laboratorios que se fusionaron hace un año piensan separarse.” Hay temas que siguen sin resolver, como la corrupción, la baja natalidad o la desatención a los ancianos. Algunos asuntos nos sueñan, como la vigilancia de los jóvenes (“Varias asociaciones de vecinos presentan una denuncia contra bandas de jóvenes que se reúnen los fines de semana en las calles a beber en grupo. Estos adolescentes compran las botellas en el supermercado y se quedan hasta la madrugada emborrachándose con amigos o desconocidos”). Una noticia tiene que ver con la instrumentalización de la cultura; dice: “Hay una literatura dañina para nuestro país y otra útil, que el Estado debería promover”, anuncia una organización juvenil, vinculada al entorno del presidente de un partido de extrema derecha. ‘Creemos que ciertos autores atentan contra el espíritu de nuestros conciudadanos’, explica el jefe de esta organización, conocido por sus intentos de crear un culto a la personalidad del jefe de la extrema derecha. Sus militantes dicen tener en la mira a un joven escritor contemporáneo, de tono sarcástico, que en sus libros, verdaderos éxitos de ventas, se burla del partido y presenta un retrato cruel de sus miembros. ‘Hay que promover una prosa más

patriótica’, declara el representante de la organización, citando como ejemplo a un joven autor conservador que ‘continúa la tradición literaria de nuestro país, donde uno no muere por sobredosis, muere por su patria’.” En la sección de anuncios, “Avisos”, hay ventas, se publicitan funerales y nacimientos, porque la vida y la muerte van de la mano. Las previsiones meteorológicas son las que menos pierden, y ganan una especie de carga simbólica, como si además de anunciar el tiempo, anunciaran otra cosa: “A pesar de algunas nubes altas pasajeras, el sol brilla todo el día en el sur. Las temperaturas por la tarde varían entre los catorce y los diecisiete grados.”

Resulta especialmente jugosa la sección de “Cultura”, donde hay breves reseñas literarias que resultan intercambiables y aplicables a casi cualquier libro y que tienen algo de paródico: “Frasas cortas, emociones reprimidas: en un lenguaje directo, sobrio y eficaz, estas breves historias de vida presentan un panorama de la dificultad de estar juntos y de la imposibilidad de estar solo”; este párrafo podría estar en cualquier contraportada de casi cualquier libro editado hoy. Esa sección podría quizá leerse como una colleja a los colegas y a sí mismo: escritores, artistas, pero también periodistas y agentes culturales aparecen aquí un poco ridículos: “Una gran diva del cine de un país pequeño muere en su domicilio”; “Un excarpintero graba un disco en su taller, al margen de los grandes estudios. Opta por un arreglo despojado [...] Aunque en un primer momento parezca monótono, este álbum revela una delicadeza admirable [...]”.

En *Diario* encontramos a un Levé juguetón y lúcido, que retrata una sociedad y sus obsesiones a través de la deformación de las noticias

que sirven como espejo. La imagen que devuelve, por cierto, no es muy favorecedora. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



CRÍTICA

Ruinas del siglo XXI



Christopher Domínguez Michael
ATEOS, ESNOBS Y OTRAS RUINAS
Santiago de Chile,
Ediciones Universidad
Diego Portales, 2020,
394 pp.

DAVID JIMÉNEZ TORRES

Algunas misceláneas desafían su propia naturaleza y alcanzan una extraña coherencia. Es el caso de *Ateos, esnobs y otras ruinas*, libro en el que el crítico literario Christopher Domínguez Michael recopila más de setenta textos breves acerca de obras, acontecimientos o polémicas producidas en lo que llevamos de siglo. En la trayectoria del autor, el libro supone el cierre de una suerte de trilogía que incluye *La sabiduría sin promesa. Vidas y letras del siglo XX* (2009) y *Los decimonónicos* (2012). Ante el lector, el libro actúa como un amplio, fundamentado y heterogéneo repaso a los últimos veinte años en el ámbito de la literatura y la crítica.

Curiosamente, la principal conclusión que se extrae de *Ateos, esnobs y otras ruinas* es lo joven que sigue siendo este siglo XXI. Las dos primeras décadas de esta centuria habrían actuado fundamentalmente como

una prolongación de las angustias, las ensañaciones o sencillamente los recorridos biográficos que marcaron la anterior. Las ocasionales referencias a la obra de Walter Benjamin facilitan que uno se acuerde del *ángel de la Historia* mientras pasa las páginas. Es cierto que el primer texto —sobre las ruinas de Palmira y el martirio del arqueólogo Jaled al-Asaad a manos del Estado islámico— sugiere que lo que vendrá es un sombrío repaso de las promesas incumplidas de la modernidad. Pero las páginas que siguen van afinando el tiro. La mayoría de textos se ocupa del legado teórico, político y literario de figuras capitales del siglo xx, por mucho que su trayectoria vital y su obra hayan proseguido en el xxi. Sirvan de ejemplo algunos nombres: Mario Vargas Llosa, Günter Grass, José Donoso, Milan Kundera, Svetlana Aleksíevich, Robert Lowell, Jorge Luis Borges, Martha Nussbaum, Roger Scruton, Carlos Monsiváis, J. D. Salinger. La devoción de Domínguez Michael por autores como Bolaño o Vila-Matas resalta también la importancia de la continuidad de determinados proyectos literarios en el largo tránsito de un siglo al otro. El libro da fe igualmente de la alargada sombra que han proyectado experiencias históricas como la dictadura castrista o el maoísmo (es excelente el texto dedicado al sinólogo y ensayista Simon Leys). Incluso se ocupa del interés de varios escritores actuales por recrear literariamente las vivencias de figuras como Antonin Artaud, Ezra Pound o Dmitri Shostakóvich. La evidencia se acumula: aún somos hijos de dos siglos.

El libro está dividido en cuatro secciones, de las cuales solo una (“Lenguas vivas y lenguas muertas de América Latina”) tiene una

consistencia interna claramente diferenciada. El lector descubre pronto que esto es irrelevante: lo que marca la lectura es el ritmo de los propios textos, la agilidad con que van saltando entre análisis de —digamos— Foucault, Nicanor Parra, Mariana Enriquez o algún artefacto teórico que haya causado furor en los claustros universitarios. Enhebrándolo todo está, también, el estilo crítico de Domínguez Michael, que resulta tan grato como impresionante. Es de admirar que, pese a la cantidad de juicios que emite, la diversidad de cuestiones sobre las que se pronuncia y la evidencia de que lo hace todo desde un posicionamiento concreto (el de un liberalismo razonablemente flexible), jamás transmite una sensación de arbitrariedad, sectarismo o autocomplacencia. Cada opinión viene apoyada por un cúmulo de lecturas y un esfuerzo crítico que se exhiben como pruebas argumentales, y no como mero plumaje intelectual. Esto ocurre incluso ante desafíos de envergadura considerable, como el espléndido diálogo que entabla con la metodología crítica de Gérard Genette o el ejercicio de comprensión ante alguien tan ajeno a su sensibilidad política como Christa Wolf (esto también es liberalismo). Es cierto que Domínguez Michael no se niega —ni niega al lector— el placer de lanzar frases contundentes: desde enjuiciar un argumento concreto como “una desmesura y una tontería” a emitir valoraciones lapidarias como “Nunca me ha parecido que Michel Houellebecq sea un gran escritor” o “Era del todo previsible que con la muerte de Mario Benedetti se expandiese un agudo brote epidémico de cursilería”. En muy contadas ocasiones —como la inclusión de un texto sobre el Nobel de Dylan del que luego se reniega en una nota al

pie— la osadía puede resultar desconcertante. Sin embargo, la impresión general que se desprende de los textos es que se toman muy en serio tanto al lector como al objeto de su análisis. Además, y pese a que Domínguez Michael no tiene reparo en utilizar la primera persona, la atención permanece centrada en los múltiples sujetos que desfilan por estas páginas. Al terminar el libro uno no tiene tanto la impresión de conocer mejor al crítico como de saber mucho más sobre César Aira, Rafael Rojas, los autores del *crack*, las propuestas teóricas de Fernández Mallo o los reproches que se le pueden hacer al orientalismo académico. En esto, también, *Ateos, esnobs y otras ruinas* exhibe una rara y valiosa coherencia. —

DAVID JIMÉNEZ TORRES es escritor, columnista y profesor universitario. En 2018 publicó la novela *Cambridge en mitad de la noche* (Entre Ambos).



NOVELA

Da Jandra vs. Da Jandra



Leonardo da Jandra
EL HOMBRE SOBERBIO
Barcelona, Malpaso,
2019, 140 pp.

ALONSO TOLSÁ

Si entendemos por excentricidad la decisión de un individuo de situarse en la periferia de lo ordinario y lo convencional, Leonardo da Jandra (Pichucalco, Chiapas, 1951) es un excéntrico ejemplar —un heterodoxo, diría Menéndez Pelayo— que ha hecho de su obra camino y testimonio

de una intensa búsqueda intelectual. A esta necesidad responde la aparición de su última novela intitulada *El hombre soberbio*, un episodio más de la larga batalla que Da Jandra sostiene contra Da Jandra desde la publicación de sus primeras arengas filosóficas: el impronunciable *Tanatonomicón* (1981) y *Totalidad, seudototalidad y parte* (1990).

Es, sin embargo, la monumental trilogía *Entrecruzamientos* (1986-1990) la primera en presentar el distintivo carácter beligerante del autor —basta con citar las primeras líneas para demostrarlo: “Para el merodeador que fui del mundo del cemento y de la inviolable lógica de los desechos asfixiantes, el acontecer actual no podía menos que aparecer como una clara y brutal regresión a los dominios de lo arcaico”—, así como su acostumbrada inclinación por los discursos de largo aliento intencionalmente separados en tres partes. Antes que un simple gusto por adoptar esta forma, la trilogía parece esencial al singular “esoterismo filosófico” de Da Jandra, donde el número tres tiene un papel destacado junto a símbolos recurrentes en su narrativa como el Oro y el Sol. Esta especie de obsesión —de algún modo justificada teóricamente en *La gramática del tiempo* (2009) y *Filosofía para desencantados* (2014) con la exposición del ideal evolutivo del ser humano dividido en tres estadios: egocéntrico, sociocéntrico y cosmocéntrico— encuentra su contraparte ficcional en *El hombre soberbio*.

En el riguroso mundo de Da Jandra nada es resultado del capricho. En este sentido conviene recordar el prólogo a las conferencias que José Vasconcelos dictó en Estados Unidos el verano de 1926 (*La otra raza cósmica*, 2010) en el que Da Jandra atisba algunos antecedentes de la así llamada Trilogía del Poder dentro de la que se sitúa *El hombre soberbio*. Por un lado,

en el prólogo enfatiza las conveniencias del mestizaje según Vasconcelos haciendo hincapié en el concepto de complementación como antónimo al de confrontación, principio desarrollado en detalle en *La hispanidad, fiesta y rito* (2005). Por otra parte, Da Jandra insinúa que el primer Vasconcelos, aquel “anterior a la caída en la fascinación por el poder”, es una suerte de héroe moderno en el que es posible configurar las cualidades del protagonista que está buscando para su trilogía: en efecto, Helioson y el joven Vasconcelos son descritos como adelantados Hijos del Sol, réplicas de Lucifer encadenados a su soberbia. Ambos asuntos son centrales en la más reciente de sus novelas; sin embargo, la pregunta que debemos hacernos es si esta por sí misma tiene argumentos literarios suficientes para considerarse una obra autónoma decorosa, es decir, si puede ser leída al margen de la trama biográfica y discursiva del autor.

Por su extensión, *El hombre soberbio* puede considerarse una *nouvelle* dividida en veintitrés capítulos de seis páginas en promedio cada uno. Destacan la confluencia de varios géneros literarios, entre ellos la ciencia ficción, el ensayo y el aforismo así como la encomiable prolijidad del lenguaje, en ciertos momentos con cualidades plásticas interesantes, por ejemplo cuando escribe: “Con las risas envainaron los recelos” o “Con palabras ígneas logró cauterizar los rencores”. Los terrenos de la epopeya y la distopía en donde el autor ubica el desarrollo de la novela resultan convenientes por dos razones: primero, porque Da Jandra es un fervoroso lector de tragedias que a fuerza de disciplina ha aprendido a dominar su registro y, en segundo lugar, por tratarse de un polemista agudo inclinado a sospechar de todo lo que huele a promesas. Es paradójico que

sea lo enérgico de su pensamiento —determinado por la oralidad de sus diatribas habituales— lo que obstaculice el flujo del relato: en lugar de una decantación provechosa, los acontecimientos se agolpan oscureciendo las diversas tesis que contienen y entorpeciendo, en general, la lectura. Uno reconoce que está ante una serie de cuestiones importantes, presentadas en un estilo propositivo, pero por varias razones la obra por sí misma resulta fallida.

Suponemos que *El hombre soberbio* se desarrolla en el futuro, justamente en un momento crítico muy parecido al que vivimos en lo que va de este siglo. Reina la confusión y el encomio entre sectores seudoclandestinos caracterizados por la violencia que practican como forma de protesta contra el control de un gobierno universal totalitario: solo a través de la plataforma virtual Nevis los ciudadanos pueden exponer libremente opiniones políticas así como organizar sus demandas. Amonio es un viejo profesor de filosofía, asceta y a ratos tuitero, que toma la encomienda de educar a Helioson, una criatura solar dotada de especial inteligencia, belleza y fuerza destinada por los Isos a salvaguardar el planeta. Puesto que estos seres luminosos requieren alimentarse del oro para sobrevivir, deben pacificar a la humanidad con el fin de llegar a un acuerdo con ella respecto a la repartición del mineral del que dispone. En medio de esta brecha entre control, violencia y devastación ecológica, Amonio se distancia de su maestro Andrónico para comenzar a escribir “aforismos de odio”, un ideario adaptado a las formas que Nevis impone en el que leemos cosas como: “La única virtud del poder es que ridiculiza a los demás vicios” o “La ingratitud es la moneda corriente de los funcionarios inmorales, y gusta acompañarse

de unas mentes soberbias y de corazon de hielo”, ecos, sin duda, de los propios *Aforismos* (2017) del autor. Helioson crece con prontitud convirtiéndose —a la manera de los superhéroes— en guardián del orden y lastre de los Misántropos; cansado de ser utilizado para frustrar las actividades terroristas de este grupo radical, desafía al Gran Defensor, líder del Estado planetario, motivo por el que es llevado a juicio acusado de insubordinación y condenado en consecuencia al ostracismo. Bajo la protección de los Isos, el Hijo del Sol permanece en la antesala de la Esfera primordial en donde tiene oportunidad de elegir entre volver a la Tierra convertido en un hombre común o quedarse y elevar su conciencia a niveles superiores. Esta decisión determina el destino de la humanidad y la refundación de una nueva mitología.

Como lo ha hecho en numerosas ocasiones, Da Jandra aprovecha la publicación de *El hombre soberbio*

para denunciar el simulacro democrático, la corrompida moral de la ganancia capitalista y la irracionalidad de un modo de protesta social en la voz del sabio Aristóbul, junto a Amonio, el último hombre sensato que condena cualquier instancia violenta desde una postura ética. Resulta aleccionador el fracaso de Helioson al no conseguir trascender la experiencia egocéntrica que su propia condición le señala en la imagen tatuada en la mano de tres círculos entrelazados. Así interpretada, la novela es la parábola de los costos que tiene que pagar la humanidad de no acabar de asumir su vocación salvífica, la responsabilidad por alcanzar una conciencia cosmo-céntrica. De manera contrastante, la figura del héroe trágico arrastra nociones racistas comprometedoras no solo por ser genéticamente superior sino por derivar de esta cualidad una moral arquetípica. En este sentido, Helioson es un personaje absolutamente vasconceliano.

Sumado a la posibilidad de que el lector ignore la filosofía que respalda el fundamento de *El hombre soberbio*, esta carece de la destreza narrativa probada por Da Jandra en las novelas que componen la Trilogía de la Costa: *Huatulqueños* (1991), *Samabua* (1997) y *La almadraba* (2008); además tiene el problema formal de ser una obra episódica que no acaba de cuajar como unidad consistente. Al intentar imitar el modelo de las miniseries, los personajes terminan encajados en la dicotomía entre buenos y malos obstaculizando, en última instancia, la exposición de los matices políticos que tanto peso guardan en obras de esta naturaleza. Los diálogos acartonados invitan a juzgar a los personajes, ya caricaturizados, desde la pura vanidad de un rebuscamiento artificial. —

ALONSO TOLSÁ (Santa María del Tule, 1988) es escritor. Actualmente cursa un doctorado en la UNAM y escribe una columna de recomendaciones en *El Imparcial* de Oaxaca.

LIBRO DEL MES

NOVELA



Carmen Boullosa
EL LIBRO DE EVA
Ciudad de México, Alfaguara,
2020, 344 pp.

Reescribir el mito

KARLA SÁNCHEZ

Cuando Dios creó al hombre lo hizo a su imagen y semejanza, tomó polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida. Pero cuando creó a la mujer, solo le bastó provocar al hombre un sueño profundo y quitarle una de sus costillas para hacerla huesos de sus

huesos, carne de su carne. La mujer fue la responsable del pecado, de la ruptura del orden dispuesto por Dios, de la caída y la expulsión del Edén. Este es el relato que la tradición judeocristiana ha aceptado, repetido y compartido durante milenios. Sin embargo, ¿qué pasaría si eso no hubiera sido así, si Eva no hubiera sido creada a partir de la costilla de Adán y los eventos que esto desencadenó se hubieran desarrollado de otra manera? Carmen Boullosa (Ciudad de México, 1954) busca responder esta pregunta desde su reinterpretación del mito bíblico en *El libro de Eva*.

“Me llamo Eva. No tengo pasado. No nací de nadie. No tuve infancia. Soy el ser que no muere. Soy la primera. La madre de todos ustedes.” A lo largo de diez libros y 91 pasajes, Eva cuenta en primera persona su versión de la tentación de la serpiente, la expulsión del Edén, la manera en que concibió a sus hijos, el diluvio y la construcción de la Torre de Babel. En algunos momentos su relato se ve interrumpido por las voces de Adán, Caín, Abel y Noé, que tratan de desmentirla con

narraciones que coinciden con la versión judeocristiana. Adán va un paso más lejos, no solo comparte con su progenie un relato que le resulta favorable —él fue el primero en ser creado, el único que recibió el aliento divino, el elegido del Trueno, del Creador o de Dios—, sino que se encarga de borrar las huellas de Eva. “Adán intentó destruir la historia que yo había dejado grabada en la piedra. La golpeó con un mazo y con los puños.”

Adán y Eva no son los protagonistas de una historia de amor. La suya es una lucha de poder. Eva es la que amarra las hojas para crear sus primeras prendas, la que enciende el primer fuego, la que nombra a los animales y a ellos mismos, la que construye su refugio, la que caza, la que cocina, la que engendra. Adán siente envidia y malestar por eso y de ahí que se vuelva violento con ella y sus hijas. “Yo fui el primero, y de mí salió Eva. Es cosa menor. Me la sacaron de la costilla. Ella es cosa sin valor, salida de un pedazo de mi persona, una segundilla”, repite sin descanso a su familia, que cada vez es más vasta y diversa.

En la novela de Boullosa, los personajes no son quienes creemos conocer. Dios no es un ser que interviene en cada aspecto de la vida de sus primeros hijos y que los procura. Caín no es el labriego envidioso que asesina a su hermano sin motivos, ni Abel el inocente pastor consentido de Dios. No vemos a Noé como el gentil patriarca libre de pecado, sino como un borracho violento que abusa de sus hijas. Y, por supuesto, Adán no es el compañero responsable de cuidar y trabajar la tierra, como supuestamente Dios le ordenó. Los hombres en la versión de Eva son seres violentos, que desean imponer su voluntad y controlar las vidas de las mujeres en todos los aspectos. Las mujeres son relegadas a las labores domésticas y de cuidados. Eva cuenta cómo el dominio de los hombres llegó a niveles absurdos: “Controlaron el intercambio de comestibles, prohibiendo que pasaran de mano de mujer a mano de mujer, de modo que cada semillita tenía que pasar por mano de varón antes de caer en nuestras cazuelas.”

El relato de Eva desafía el orden patriarcal encabezado por una divinidad masculina y reafirmado por sus seguidores. Y, a la vez, plantea una narrativa subjetiva donde lo que importa es la sensibilidad y la intuición. Este ejercicio de reescritura desde una perspectiva feminista no es inusual dentro de la obra de Boullosa. En *De un salto descabalgó la reina*, la también poeta y dramaturga reconstruye la vida de Cleopatra en tres partes. También acude a la biografía ficticia en *La otra mano de Lepanto*, donde el personaje principal es María, la gitanilla que abre la colección de *Novelas ejemplares* de

Cervantes. Finalmente, en *El libro de Ana*, la heroína de Tolstói escribe en primera persona su historia. Los cuatro protagonistas de estas novelas cuestionan las normas de las sociedades a las que pertenecen, así como las versiones que los autores, en su mayoría varones, habían difundido. Cleopatra, María, Ana y Eva también comparten el despertar sexual y la búsqueda de aventuras, aspectos que habían sido eliminados casi por completo de sus relatos canónicos, o que si llegaban a contemplarlos dejaban fuera su placer.

Las reescrituras de mitos o de historias de ficción corren el riesgo de que al imponerles demasiado la mirada contemporánea se pueden convertir en interpretaciones anacrónicas y forzadas. Sin embargo, Boullosa logra escapar de esto porque hace una cuidadosa construcción de sus personajes, logrando que el malestar de Eva no parezca fortuito. Adán y Noé se apropian de la tierra, de los animales, y de las narraciones. “Adán lo hizo, hurtándonos la verdadera historia de nuestro origen. Noé lo volvió a hacer: ladrones del relato.” El reclamo de Eva es el mismo que el de miles de mujeres que han sido borradas de la historia.

El libro de Eva, aunque menos complejo y arriesgado narrativamente que las novelas de Boullosa mencionadas con anterioridad, nos invita a pensar el presente desde el pasado mítico. No pretende derribar el mito original, sino recordar que cada historia que se presenta como verdad irrefutable puede tener versiones ocultas y que nuestro trabajo como lectores es ir tras ellas. Al final un mito, parafraseando a Claude Lévi-Strauss, es la suma total de todas las versiones posibles. —

KARLA SÁNCHEZ estudió literatura latinoamericana en la Universidad Iberoamericana y es secretaria de redacción de *Letras Libres*.

